

CELEBRACIÓN EN VIGILIA DE SAN JUAN

Los muertos no desmienten la materia.

EDUARDO MOGA, *El barro en la mirada*

A veces
es necesario escribir
un poema como este
para no tener que suicidarse.

Porque sí,
porque a veces,
demasiadas veces,
como si fuera un poeta romántico
que está amargado de vivir,
deseo con la mayor fuerza
de la escasa fuerza que me queda
tener el valor o la cobardía,
qué más me da,
de descerrajarme un tiro preciso.

Un tiro en la cabeza,
bien dado, con mucho tino.
Un tiro que no me permita
tener que volver a repetirlo.
Un tiro con una escopeta
de cañones recortados
que no tenga en cuenta
mi posible mala puntería.
Y así, truculento y definitivo,
de forma teatral y escenificada,
quedaría repartido por la habitación
lo que soy y represento ahora mismo.

Contra el cristal de la ventana,
desparramada y abstracta,
un poco de la zona cerebral
que corresponde a la función del lenguaje

y justo a su lado,
el amasijo que coordina
el movimiento de los brazos,
de las manos y de las piernas,
o quizá el equilibrio
de la respiración y del anhelo,
de las caricias y de los dulces besos.
No soy ningún experto
y me quedé sin tiempo, sin aire,
sin ganas ni vida para consultarlo.

Sobre la mesa, manchando
—sin ningún tipo de respeto—
libros por leer
y papeles casi en blanco,
aparece con aplomo
pero mermada de facultades
la insistente necesidad
de querer amar y...
—¿por qué no, suicidio mío?—
de intentar ser amado
y aquella imborrable ilusión
—dos mil quinientos
millones de neuronas
absolutamente desquiciadas—
por el desnudo de una mujer
que nunca vi vestida de azul.
Córtex, tálamo y cerebelo
ya no me pueden ayudar
y voy perdiendo la noción
y el sentido de los colores.

Enfrente,
delante de lo que fui,
entre los discos y los diccionarios,
algún resto
y algún antes y después
de alguna cena deliciosamente compartida,
un 30 por ciento de un 15 ó 20 por ciento

que tengo, que tenía de zurdo,
unos cuantos trocitos
de mi mejor sentido del humor,
algo sobre el disfrute del baile,
mucho de mi falta de condiciones para el cante
—ay, cómo echaré en falta
la voz de Enrique Morente—
o para sacar cuatro notas
al cuerpo de una guitarra flamenca
y otro poquito más
de la función del lenguaje,
el dominio de la sintaxis, en concreto.

Más abajo,
en un rincón del suelo,
los recuerdos,
la imprescindible memoria,
la materia de la que estamos hechos.
Una gota de vapor,
de espuma y de sangre
sobre el día de mi nacimiento,
un dos de julio del sesenta,
un dato más que añadir
a la historia de mi nombre,
a la historia cotidiana
de los fallos anticonceptivos.
Yo no debía estar aquí
y me puse a escribir versos.

Una tranquila y feliz infancia
y alguna cosa
que recordar no quiero.
La llegada, por fin,
de la adolescencia,
el otro sexo que se ve
pero que ni por asomo se toca,
Eva María se fue
buscando el sol en la playa,
con su maleta de piel

y su biquini de rayas,
los 100 y los 200 metros lisos,
enamorar-me de Maite
y habitar para siempre
la melancolía seca de los olivos,
una bandera brillante y roja
que mi madre no tiró el 23-F
y la mayor fascinación
para las entonces radicales
y muy vivas conexiones sinápticas
—poema número XX

de *Los años vencidos*—,
el encuentro definitivo con la poesía:

El rayo que no cesa,
Blas de Otero,
Jorge Manrique,
Francisco de Quevedo,
Salvat-Papasseit,
Antonio Machado,
Pedro Salinas

y todos los demás
que luego caudalosos
y sin orden alguno vinieron.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada

y la sangre,
la sangre que se expande,
libre de ansiedad
y de sucias telarañas,
a lo ancho y largo de las viejas losas.

Y el amor de mis padres
—porque no hay, Alfredo,
otra forma posible de decirlo—,
y la ayuda de mis hermanos
y los entrañables amigos
y la ternura de una novia
que de verdad tuve y amé.
Porciones de mi aliento,
fundamentos de mi vida,

rota sustancia gris
que sólo dará sentido
al sucio movimiento de una fregona.

Contra la puerta,
cuatro gotas de sangre,
leve testimonio
de mi grupo sanguíneo,
y poca cosa más que añadir
—carne, grasa y nervio
apenas sin importancia—
a la presente
y casi bucólica visión.
Los excesos de colesterol
y los triglicéridos al alza,
de ese poco frecuente
y escaso AB positivo,
ya no representarán
ningún peligro para mi salud.

Sobre una pared,
por encima de las otras vivencias,
otra lengua de memoria
lentamente se desliza
al encuentro de la anterior
—la sangre propia
siempre le tira a uno—,
con diferentes recuerdos,
con la misma ilusión
y con demasiados olvidos.
¿Qué fue de aquel colegio
de estufas de óxido y leña
y cajas de botellas de leche
repartidas por los rincones?
Por enriquecer la dieta
con vitaminas y calcio,
tuvimos que cantarles,
más de una mañana,
el *Montañas nevadas*

y también el *Cara al sol*.
¿Por qué nunca pude escribir
ni una sola y simple línea
a la muerte terrible
y dolorosa de mi padre?
¿Cómo es que si me dijo
«nos cruzamos tanto
que parecemos amantes»,
el hábito de verla en los pasillos
no convirtió la frase
en una feliz y carnal realidad?
¿Qué les pasó,
qué mal camino anduvieron
algunos amigos de la infancia?
Carlos se murió,
al igual que Roberto,
al tercer año de estar en la cárcel.
¿Qué fue de aquella mujer,
de aquel bellissimo sueño,
que me trastornó con su color
y con el aroma de su acento?
¿Por qué Pedro murió tan joven
si había tanto fuego
y tanta luz en su interior?
¿Dónde están los tirachinas,
las cerbatanas y sus dardos
o aquellas certeras pedradas
que tan pocas veces fallé?
¿Por dónde andará, Ramón,
nuestra ceremonia de apostasía?
Renunciar a la tutela de Dios,
nunca a la blasfemia y a la carne.
¿Adónde han ido a parar
el hipocampo, el área de Broca,
aquel ganglio de la base
o la fractura evidente de mi equilibrio?
¿Por qué escribí
y encima publiqué:
«Suavemente abierto

dejaste el quicio de la puerta...»
si los quicios ni se abren ni se cierran?
¿Qué será de aquellos
a los que no les gusta mi poesía?

Del techo,
del aire y sus alturas,
un goteo de continua pereza,
de absoluta falta de voluntad,
de trabajos hechos con desgana,
de mala cabeza
—horrible ya—
para llevar las cuentas,
las propias y las ajenas,
y un exceso de lirismo
que no me condujo
a ninguna parte,
excepto a pensar que los días
siempre debieron acabar
entre las piernas de una mujer,
mas todo fue,
la mayoría de esos días,
verduras de las eras,
verduras y otras hierbas
que yo mismo y por las noches
solitario y soñador me cocinaba.

Quizá, quién sabe,
en ese largo moco,
en esa tira de masa encefálica
que se mueve y que cuelga
de los brazos de la lámpara,
esté la explicación
de por qué prefería
una caña de manzanilla
a una caña de cerveza,
la intuición frente al estudio,
el reproche de Ana
antes que su olvido

o por qué no me saqué
el dichoso carné de conducir.

En el suelo, de nuevo,
el resto de lo que se quedó en el cráneo,
no en mucho mejor estado
ni en mucha mayor cantidad
que el otro resto que salió volando.
Pedazos del lóbulo derecho
y pedazos del lóbulo izquierdo
agitados que no revueltos
—el martini siempre
al estilo de James Bond—,
por un fuerte y súbito estruendo
de paz, de descanso y de armonía.
La lógica y el sentimiento,
el reptil y el mamífero,
la razón y las emociones
de una vez y para siempre juntos
en la escena final de un poema,
en los últimos versos que escribí
para no tener que suicidarme.